

AMICS DEL PAÍS

SOCIETAT ECONÒMICA BARCELONESA
D'AMICS DEL PAÍS -1822-

COMPLICAR LA DEMOCRACIA

———— Daniel Innerarity ————

Conferència pronunciada en l'acte solemne
del lliurament dels Premis Anuals de la SEBAP
celebrat al Saló de Cent de l'Ajuntament de Barcelona

25 de març de 2019

Els textos d'Amics del País

SOCIETAT ECONÒMICA BARCELONESA
D'AMICS DEL PAÍS

Complicar la democràcia

Daniel Innerarity
*Catedràtic de Filosofia Política
de la Universitat del País Basc*

Conferència pronunciada en l'acte solemne
del lliurament dels Premis Anuals d'Amics del País
celebrat al Saló de Cent de l'Ajuntament de Barcelona

25 de març de 2019

Edita: Societat Econòmica Barcelonesa d'Amics del País
Dipòsit Legal B 14965-2019

Introducción

La principal amenaza de la democracia no es la violencia, ni la corrupción o la ineficiencia sino la simplicidad. Nadie diría que la simpleza, con ese aire de inocente descompliación, puede actuar de manera tan corrosiva sobre la vida política, pero en ocasiones los enemigos menos evidentes son los más peligrosos. Mi proyecto de elaborar una teoría de la democracia compleja se plantea precisamente como una crítica de esa “rebelión contra la complejidad” que caracteriza al tipo de política dominante en las sociedades contemporáneas. La uniformidad, la simplificación y los antagonismos toscos ejercen una gran seducción sobre aquellos que no toleran la ambigüedad, la heterogeneidad y plurisignificación del mundo, que son incapaces de reconocer de manera constructiva la conflictividad social. En su forma actual, la práctica política constituye una capitulación ante lo complejo, en lógica correspondencia con el hecho de que tampoco la conceptualización de la filosofía política está a la altura de la complejidad social. Se requiere otra forma de pensar la democracia y otro modo de gobernar si es que sigue teniendo sentido aspirar a que la democracia sea compatible con la realidad compleja de nuestras sociedades.

Me dirijo a quienes no creen en las respuestas simples pero tampoco quieren desesperar ante la complejidad de los

problemas. De alguna manera formulo aquí la recapitulación y síntesis de una trayectoria de investigación que me ha llevado a analizar la complejidad de los tiempos, del conocimiento, del espacio y de la Unión Europea. Pretendo hacer una teoría de lo que había investigado sectorialmente. Puede que sea un tanto exagerado aquel lugar común según el cual no hay nada más práctico que una buena teoría; podemos estar seguros, sin embargo, de que nada hay menos práctico que la mala teoría o la falta de teoría, es decir, el déficit de comprensión de lo que está pasando cuando la realidad social ha cambiado hasta el punto de resultar ininteligible si uno la divisa desde los antiguos conceptos. Después del “giro cognitivo” o “*ideational turn*” de la teoría política en los años noventa (Blyth 1997), cabe afirmar que la democracia vive actualmente un “momento teórico” que responde a la necesidad de volver a pensarla en unas circunstancias que contrastan notablemente con aquellas que dieron origen a la mayor parte de su marco categorial. Podría estar ocurriendo que lo que fueron en su momento “ficciones útiles” se hayan convertido en “simplificaciones confusas” y que la más prometidora renovación de nuestras democracias sea el resultado de hacerlas más complejas (Rosanvallon), en consonancia con una realidad que ha dejado de encajar en las viejas simplificaciones. Y cuando aquello sobre lo que se ha de teorizar es la democracia no basta con que el resultado sea verdadero; es necesario que sea además inteligible, pero también que responda a las

expectativas normativas que se contienen en la invención democrática y los valores nucleares de esta forma de organización de la convivencia humana. Porque es posible que una parte de nuestra desafección política tenga algo que ver con el hecho de que entendemos muy poco nuestro tiempo, cómo funciona esta sociedad y cuáles son nuestras posibilidades de acción en ella.

La simplicidad que critico tiene dos versiones: como inadecuación conceptual y como instrumento ideológico, es decir, como un asunto teórico y como un problema práctico. En un caso se trata de falta de adaptación a las transformaciones del mundo contemporáneo, mientras que en el otro me refiero a un conjunto de prácticas políticas que –tal vez debido a que no han sido precedidas por una renovación conceptual– agravan esa penuria configurando el combate político como una simplificación interesada. La renuncia a la sofisticación teórica da lugar a una práctica política que beneficia a quien mejor se maneja en el combate por la simplificación, aunque de este modo no se aporte ninguna claridad e incluso se dificulte la inteligibilidad de lo que realmente está en juego.

1. Un desfase teórico: viejos conceptos, nuevas realidades

En el primer caso el simplismo procede de la falta de actualización de nuestros conceptos políticos, que fueron pensados en una época de relativa simplicidad social y política, antes de los grandes conflictos sociales que inauguraron el mundo contemporáneo, con sociedades relativamente homogéneas que no conocían el actual pluralismo cultural y político, con tecnologías muy poco sofisticadas si las comparamos con las que actualmente empleamos, en medio de unas condiciones de gobierno relativamente simples, con espacios autárquicos y desconectados. Tal vez no haya mejor síntesis de esta simplicidad que la formulada por Rousseau en sus *Considérations sur le gouvernement de Pologne* escritas en 1772: los pequeños estados “prosperan precisamente porque son pequeños, porque los jefes pueden ver por ellos mismos el mal que se hace y el bien que tienen que hacer, y porque sus órdenes se ejecutan delante de sus ojos”. Las ideas de legitimidad, soberanía, representación o autoridad respondían a esta simplicidad donde no había espacio para la interdependencia, inabarcabilidad y aceleración que caracteriza a nuestras actuales democracias. O pensemos en la idea de John Stuart Mill de que la sociedad debe ser concebida como la mera suma de sus individuos, sus acciones y pasiones individuales. El efecto que cualquier combinación de los fenómenos sociales pueda tener corresponde exactamente a la suma de los efectos

individuales de dichas circunstancias. Un pensamiento de este estilo no podía imaginar las lógicas emergentes de la sociedad y las interacciones que la atraviesan, propiedades que no se explican desde la simple agregación de acciones individuales.

Las sociedades ya no son así pero el marco categorial continúa como si lo fueran. Ese desfase de la teoría política tiene mucho que ver con una evolución de la sociedad, de la ciencia, de los distintos subsistemas sociales, que no ha sido acompañada con la correspondiente renovación de las categorías políticas. Pensemos en la evolución de la ciencia durante estos años. Ciencia moderna y democracia moderna eran empresas íntimamente relacionadas. El mundo calculado por Newton o Laplace era el mismo que aquel cuyo gobierno formularon Rousseau o Adam Smith. Era la época de la visión mecánica del mundo, de la ciencia moderna y sus categorías epistemológicas. No es de extrañar, por tanto, que los conceptos básicos de la teoría política procedan de una física social elaborada con las categorías mecanicistas del mundo natural. De esta concepción del mundo han salido, por ejemplo, la visión realista de las relaciones internacionales, la interpretación funcionalista de la integración europea o las prácticas de los planificadores urbanos. Edgar Morin ha sido uno de los pioneros en señalar que ese ya no es nuestro mundo y en teorizar acerca de las ciencias de la complejidad. Ocurre

además que, mientras la ciencia ha cambiado buena parte de sus paradigmas, los conceptos centrales de la teoría política no han llevado a cabo la correspondiente transformación. Nuestros modelos de decisión, previsión y gobierno siguen estando basados en unos criterios de verosimilitud que no se cumplen en las condiciones de una intensa complejidad. Cada vez es más evidente la escasa utilidad de viejos instrumentos concebidos para espacios delimitados y para tiempos lentos y sincronizables.

Pensemos en la evolución de las metáforas que nos han ido sirviendo para explicar el funcionamiento de las sociedades: en el siglo XVIII, la construcción política se imaginaba según la lógica de aparatos mecánicos como relojes y balanzas, en el XIX, con organismos y en el siglo XX, con funciones y estructuras (con sistemas cibernéticos). ¿Tenemos hoy una teoría política a la altura de la complejidad que describen las ciencias más avanzadas? La neurología, por ejemplo, nos está surtiendo actualmente de visiones y conceptos en relación con los cuales nuestras formas vigentes de gobierno aparecen como simplificaciones inadecuadas. No parece posible que seres humanos dotados de una tal sutileza neuronal se organicen políticamente de una manera tan rudimentaria.

Son simples aquellas interpretaciones de la realidad que ofrecen explicaciones lineales, binarias o moralizantes y

que sobrevaloran las propias capacidades de intervención sobre ella, que desconocen la dimensión trágica y cómica de las cosas, es decir, la interferencia de principios y valores que se solapan y desplazan, combaten entre sí o hacen las paces en un equilibrio inevitablemente precario. Las soluciones simples suelen producir una distensión momentánea de la perplejidad y los conflictos, pero acaban empeorando las cosas, en el plano del conocimiento y de la acción, disminuyendo nuestra capacidad cognitiva y nuestras opciones prácticas. Cuando una filosofía política excesivamente normativa antepone las categorías morales a la sutileza analítica; cuando la unidad colectiva deja de prestar atención a las lógicas de pluralización y exclusión; cuando la teleología histórica se da por supuesta sin registrar los fenómenos de disipación y pseudomovimiento, entonces lo que tenemos es una teoría con escasez de observación, un normativismo enfrentado a un mundo que no comprende, que compensa su penuria analítica con la prescripción.

Se podría formular este drama, que es de entrada teórico, en los términos de una pregunta inquietante acerca de la capacidad de la filosofía política a la hora comprender la complejidad del mundo actual y proporcionar algún tipo de orientación para gobernarlo. ¿Son capaces nuestras instituciones de gobernar un mundo de creciente complejidad? ¿Puede sobrevivir la democracia a la complejidad del cambio climático, de la inteligencia artificial, los algoritmos y los

productos financieros? ¿O hemos de concluir resignadamente que esa complejidad constituye una verdadera amenaza para la democracia? Si no pudiéramos entender y gobernar democráticamente esas nuevas realidades, careceríamos de argumentos frente a quienes prometen una eficacia que supuestamente se conseguiría prescindiendo de los requerimientos democráticos.

La complejidad no es un hallazgo reciente y cuenta con desarrollos muy notables en varios ámbitos científicos. Hay investigaciones parciales que han analizado ámbitos de la complejidad en la sociología (Page, Watts), en economía (Arthur, Foley, Kirman, Gintis), en ciencia política (Rodrik, Hausmann, Axelrod), en el urbanismo (Batty, Portugali), en la psicología (Kahnemann), el *management* (Weick, Senge), pero apenas se ha aplicado la perspectiva de la complejidad a la filosofía política. Está por elaborarse una teoría de la democracia compleja, lo que no es un mero desafío intelectual sino una aportación que podría resolver buena parte de los dilemas de nuestras sociedades democráticas. Entender la lógica de los asuntos complejos no asegura que seamos capaces de gobernarlos, pero podemos adivinar que sin una teoría adecuada a su complejidad cometeremos muchos errores prácticos.

2. Prácticas e ideologías de la simplificación

Si pasamos de la teoría a la práctica, nos encontramos con que la incapacidad de concebir una política compleja se corresponde con la de llevarla a cabo de un modo que no la simplifique y empobrezca. Esta segunda categoría del simplismo es pragmática y obedece a una estrategia intencional para esquematizar el campo político en beneficio propio. Nuestros sistemas políticos no están siendo capaces de gestionar la creciente complejidad del mundo y son impotentes ante quienes ofrecen una simplificación tranquilizadora, aunque sea al precio de una grosera falsificación de la realidad y no representen más que un alivio pasajero. Hay multitud de ejemplos prácticos de esa reducción indebida de la complejidad. Quien hable hoy de límites, responsabilidad, intereses compartidos tiene todas las de perder frente a quien, por ejemplo, establezca unas demarcaciones rotundas entre nosotros y ellos, o una contraposición nada sofisticada entre las élites y el pueblo, de manera que la responsabilidad y la inocencia se localicen de un modo tranquilizador. El énfasis en las propiedades personales del líder político es una simplificación útil que parece recuperar la inteligibilidad de lo político y acentua su valor de entretenimiento. La creciente significación del carisma (y su correspondiente fugacidad) es un indicativo de que el momento personal representa una huida frente a la complejidad de las cosas. Otra capitulación ante la com-

plejidad que genera una gran atracción es maximizar la categoría de la eficacia del sistema político, generalmente en clave económica, aunque esto venga acompañado de una elocuente renuncia a reflexionar desde la perspectiva de la justicia acerca de los criterios por los que calificamos como eficaz a un tipo de resultado. Entre las cosas que hacen más soportable la incertidumbre, nada mejor que la designación de un culpable, que nos exonere de la difícil tarea de construir una responsabilidad colectiva. Poco importa que muchos candidatos propongan soluciones ineficaces para problemas mal identificados, con tal de que ambas cosas –problemas y soluciones– tengan la nitidez de un muro, se haya designado un culpable absoluto o sean tan gratificantes como saberse parte de un nosotros incuestionable.

Desde el punto de vista ideológico, la principal consecuencia de esta renuncia a la complejidad es el establecimiento de una gran ruptura, una insostenible división del trabajo entre el principio de realidad y el principio de placer, entre la descripción de la realidad y el plano normativo, entre tecnocracia y populismo, entre quienes se ocupan de que las cosas funcionen y quienes únicamente parecen interesados en cómo deberían funcionar. La escisión de las razones tecnocráticas y las razones populistas, que contraponen efectividad y democracia, es la gran quiebra que caracteriza a nuestras sociedades democráticas y configura

hoy en día el principal eje de antagonismo político. La consagración de esta ruptura viene a ser el resultado de aquel debate acerca de la compatibilidad entre democracia y complejidad que tuvo lugar a finales de los años 60 del siglo pasado. Se trata de un marco que obliga a elecciones trágicas desde el punto de vista de nuestras convicciones democráticas pero también para la eficacia de nuestros sistemas de gobierno: quien se desentiende de la complejidad termina gobernando ineficientemente, pero quien sólo se deja guiar por criterios técnicos olvida las obligaciones de legitimación, y en ambos casos se acaba lesionando tanto las exigencias de la eficiencia como las de la democracia.

Algo similar puede verse en nuestras principales construcciones ideológicas: las distinciones izquierda-derecha, conservador-progresista, élite-pueblo, transformación-conservación proporcionan más orden en el mundo del que corresponde a una adecuada descripción de su complejidad y sus contradicciones. Se podría decir que explican demasiado poco porque explican demasiado, porque ordenan, categorizan y simplifican más de lo que la complejidad de las cosas permite. Son distinciones que obedecen a una necesidad de orientación que capitula ante una sociedad diferenciada y compleja.

Los principales grupos ideológicos que configuran nuestro paisaje político mantienen por lo general un andamiaje

ideológico que no está en consonancia con la complejidad social, ni la izquierda socialista, ni la derecha conservadora, ni los liberales individualistas, porque en última instancia el modo como conciben sociedad e individuo, transformación y conservación, ni por sus objetivos, ni por sus métodos de intervención están a la altura de la actual complejidad social. La izquierda maneja la metáfora de la transformación para superar la crisis del capitalismo. El capitalismo equivaldría a la sociedad en su conjunto, entendida como un objeto identificable y disponible que se puede manejar desde el poder político. La izquierda suele suponer que el mundo se puede describir con objetividad y que nuestra actuación sobre él está regida por causalidades que vinculan directamente las acciones con los efectos. La perspectiva conservadora es más realista en el sentido de que cuenta con la dinámica propia del sistema sobre el que –a su juicio– tan escasamente se puede intervenir. En un contexto tan dinámico como el de la sociedad contemporánea la pasividad es un modo de actuar, una ideología que se presenta como carente de ella, pero implica una dimisión frente a los problemas que únicamente pueden empeorar cuando no se hace nada. En su vertiente cultural, los conservadores apelan a un tipo de homogeneidad social y a unos valores que no corresponden a la heterogeneidad y pluralismo de las sociedades contemporáneas. Y los liberales tienen un concepto de individuo, de mercado y de *rational choice* que parece desconocer dimensiones de

la complejidad social como la inserción de los sujetos en los sistemas, los condicionamientos estructurales de nuestras decisiones o la gran cantidad de intervenciones que es preciso llevar a cabo para que funcione esa institución del mercado de la que tienen una concepción reduccionista.

Para que estas ideologías representen opciones útiles a la hora de gobernar la sociedad actual es necesario que se conciban de una manera más sofisticada y que piensen en otros medios de intervención más acordes con la nueva realidad social. Una sociedad compleja se ve obligada a renunciar a configurar algo así como una instancia central desde la que ordenar el funcionamiento de las distintas lógicas que intervienen en la sociedad. El mundo no puede ser gobernado por un Comité Central, por Google, por los expertos o el Ejército de Liberación del Pueblo, pero no porque estos sean malvados o tengan aviesas intenciones sino básicamente porque su estructura para procesar la información y gobernar no se corresponde con la riqueza de los elementos, valores, información e inteligencia distribuida de una sociedad compleja. Pese a lo cual, la mayoría de los diagnósticos y propuestas políticas no renuncian a ello: la derecha sigue pensando en la comunidad y en la cohesión de un pueblo homogéneo, los liberales en la soberanía del individuo y la infalibilidad de los expertos, la izquierda en una transformación política de la sociedad. Son descripciones politizadas que sobrevaloran las posibi-

lidades de acción colectiva por medio de intervenciones centrales. Unos tienen excesiva confianza en la capacidad del estado para intervenir desde fuera y otros confían demasiado en los comportamientos individuales y en la capacidad de autocorrección del sistema. El programa liberal de resolver todos los problemas mediante la austeridad es tan insuficiente como la creencia de que se pueden solucionar a través de la participación o moralizándolos. Lo primero que nos enseña el enfoque de la complejidad es que la intervención en la sociedad tiene que ser realizada mediante procedimientos más sutiles y combinados. Es cierto que los sistemas complejos están continuamente organizándose a sí mismos y este proceso no es compatible con el intento de controlarlos. En este punto tienen razón los liberales, pero no consideran la otra cara de la realidad, las ineficiencias de la auto-regulación o los resultados indeseados de la agregación. El socialismo es más ambicioso en su intervención, pero frecuentemente menos consciente de sus límites. La política de la complejidad apunta a una combinación de ambos enfoques, en la medida en que acepta la complejidad del sistema pero al mismo tiempo sabe que sus intervenciones tendrán una influencia en la realidad emergente de las sociedades.

3. Mejorar la democracia haciéndola mas compleja

La idea de democracia que planteo en este libro pretende superar la contraposición entre democracia y complejidad sin que se resientan las aspiraciones democráticas ni la efectividad de los gobiernos. ¿Cómo pensar esta compatibilidad? Sin duda, siempre habrá tensiones irresueltas entre ideales que no son fácilmente compatibles, así como sensibilidades ideológicas más preocupadas por lo uno o por lo otro, pero lo que actualmente tenemos es mas bien una incompatibilidad de principio y eso es lo que deberíamos ser capaces de superar. Mi hipótesis es que esa ruptura se produce por un déficit de complejidad de nuestras instituciones (en comparación con la de los problemas que debe resolver) y que sólo la sutura entre democracia y complejidad puede resolver adecuadamente. Una teoría de la democracia compleja puede constituir el marco conceptual más adecuado para articular exigencias que sólo resultan contradictorias porque nuestra idea de democracia y nuestras prácticas de gobierno no se han abierto a la perspectiva de la complejidad. La democracia no es incompatible con la complejidad, todo lo contrario. Su dinamismo interno y su capacidad de auto-transformación le convierten en el sistema de gobierno mejor preparado para gestionarla.

Pensar hoy la democracia requiere examinar la congruencia entre la complejidad del sistema y la de sus problemas.

Hay un principio general de teoría de las organizaciones que advierte que el aumento de incertidumbre del entorno exige un aumento de complejidad del sistema en términos de capacidad de anticipación y respuesta (Wagensberg). Luhmann formuló a este respecto una teoría de la “complejidad adecuada” que puede darnos alguna indicación acerca de cómo pensar actualmente la democracia: “la complejidad interna del sistema debe estar en una relación adecuada con la complejidad del entorno” (Luhmann). Los sistemas complejos necesitan una correspondiente arquitectura compleja de gobierno para su auto-organización. La cibernética lo planteaba como “la ley de la pluralidad exigida” (Ashby) porque sólo la complejidad puede reducir la complejidad. Cuando más complejidad propia, más complejidad exterior se puede reducir, más amplio es el radio de la percepción y mayores son los ámbitos de juego de la decisión. La flexibilidad sería un caso de esa capacidad, por ejemplo, frente a una estabilidad indeseable; la simplificación (de sí mismo y del entorno) podría entenderse, por el contrario, como una consecuencia del déficit de complejidad propia.

Las organizaciones son “instrumentos de reducción de la complejidad” (Arrow), pero hay buenos motivos para pensar que ese estado moderno que Henri Lefebvre definió como el “gran reductor” de la complejidad de la sociedad es hoy un instrumento de simplificación indebida frente a los

problemas que plantea una sociedad más diversa, unas tecnologías sofisticadas y un escenario global de interdependencias. Una democracia que gobierne las contingencias producidas por sus sistemas funcionales autónomos, sus interdependencias y sus riesgos, no puede mantenerse en las estructuras simples de la primera democracia. La arquitectura de la política clásica es infracompleja e inadecuada para los problemas generados por la sociedad actual; no tiene el correspondiente nivel de complejidad propia a la hora de elaborar la información, ni las competencias cognitivas, ni sofisticados procesos de decisión. No es solo que cuanto más complejas las instituciones políticas, más estable y socialmente eficientes serán los resultados; tampoco se trata de rendirse con un gesto pesimista ante las exigencias contradictorias de la realidad. La complejidad es, para la democracia, algo más que una condición de eficacia o una aceptación de realismo; representa una oportunidad de completarla haciendo valer dimensiones que suelen ser desatendidas en la celebración unilateral de alguna de sus dimensiones.

Un ejemplo de la capacidad de tramitar complejidad nos lo proporciona el historiador de la economía Joel Mokyr con su idea de que el Parlamento británico representó en su momento la mayor concentración de intereses de todas las instituciones de Europa. Gracias a la gran cantidad de informes acerca del mundo de que disponía, tenía mucha más información que la del resto de las monarquías europeas, lo que permitió unas mejores leyes acerca de la propiedad y la

industria que condujeron al crecimiento económico y la revolución industrial. ¿Están capacitados nuestros actuales sistemas políticos para tramitar una complejidad análoga?

El problema al que nos enfrentamos es también más amplio que el correspondiente a unas meras reformas políticas. Un cuestionamiento generalizado de nuestros modos de organizarnos exige toda una transformación de los modos habituales de gobernar. Venimos de un modelo de organización propio de la sociedad industrial con una estructura económica fordista, formación de la voluntad política en el marco estatal, con unos itinerarios vitales más o menos bien definidos, estratificación social estable y reglas claras para el ascenso social, además de unos roles claros en cuanto a las generaciones y el género. Se trataba de un modelo estructurado por una administración estatal y una integración de los expertos, una combinación de capitalismo, estado del bienestar y progreso técnico-científico. La nueva gestión de la complejidad tiene que habérselas, en cambio, con una dinámica propia más intensa de las distintas lógicas desagregadas de la sociedad, con los espacios globalizados cuya economía es difícil de regular, donde la autonomía política entra en colisión con la interdependencia, así como las diferentes velocidades de los subsistemas políticos, económico o cultural.

La política que opera actualmente en entornos de elevada complejidad no ha encontrado todavía su teoría democrática. Tenemos que redescubrir el mundo contemporáneo

con las categorías de globalización, saber y complejidad. La política ya no tiene que enfrentarse a los problemas del siglo XIX o XX sino a los del XXI, que exigen capacidad de gestionar la complejidad social, las interdependencias y externalidades negativas, bajo las condiciones de una ignorancia insuperable, desarrollando una especial capacidad estratégica y aprovechando las competencias distribuidas de la sociedad civil. Si la democracia ha efectuado el tránsito de la polis al estado nacional, de la democracia directa a la representativa, no hay razones para suponer que no pueda hacer frente a nuevos desafíos, siempre y cuando se le dote de una arquitectura política adecuada. Si la democracia liberal propia de la era industrial permitió hablar de la “inteligencia de la democracia” (Lindblom), su utilidad y eficacia para una sociedad global del conocimiento más compleja y con mayores demandas es todavía una cuestión abierta. Una teoría de la democracia compleja como la que estoy proponiendo no es la solución de todos nuestros problemas pero sí un primer paso para explorar y organizar un laberinto que en buena medida nos es desconocido.

Decía Robert Musil que “la diferencia entre una persona normal y una que está loca es que la normal tiene todas las enfermedades mentales, mientras que la loca tiene solo una”. Siguiendo esa analogía podríamos afirmar que la diferencia entre una democracia compleja y una simplificada es que la primera trata de equilibrar –aun pagando el precio de la inestabilidad o la contradicción– valores,

dimensiones y procedimientos diversos, en ocasiones difícilmente compatibles, mientras que la segunda entroniza uno de sus procedimientos –ya sea la voluntad instantánea del pueblo, las promesas de efectividad de los expertos o la estabilidad del orden legal– y desprecia todo lo demás. Si los seres humanos no nos volvemos locos es porque compensamos una desmesura con otra; algo similar ocurre con la democracia, que se mejora cuando se complica, es decir, articulando sus elementos de tal modo que se corrija la potencial deformidad de todo lo que no es contrapesado y limitado. Una democracia compleja es aquella capaz de orquestar equilibradamente todas sus dimensiones.

